

teladas; algunos oficiales se pasean cantando.

—Y, ¿Morelos? ¿Viste á Morelos?

—Lo ví en la tarde, paseando á caballo con Don Leonardo Bravo y con otros. Después ya no volví á verlo.

—Y mi hija, ¿viste á mi hija? preguntó con ansiedad Guevara.

—Sí, señor; pero no pude hablarle más que unas palabras. Estaba con la niña en los brazos. Me vió entre los mozos, me llamó y me dijo en voz baja:

—Dile á mi señor padre que no tenga cuidado, que nada le harán mañana.

—¿Que nada me harán?

—¿Que nada le harán á usted? añadió el Cura; pero esa gente ya da por suya esta

—Bueno, dijo Cosío; ¿tiene usted confianza en su amigo de Chilpancingo?

—Completa, respondió Guevara. Es seguro que mañana seremos atacados.

—Y, ¿á quiénes viste de Chilpancingo entre los insurgentes?

—A todos, señor, contestó el emisario; á los Bravos, á los Ruedas, los Aldames, los Catalanes, los Alarcones, los Salgados, de Amojileca, á todos; todos están con ellos en la infantería y la caballería.

—¡Pícaros! exclamó Guevara. ¿Y mi yerno Nicolás?

—Con ellos; él también está en la caballería; toda la tarde ha andado á caballo con Vicente Guerrero y con Nicolás Catalán.

—Bueno, dijo Cosío, ya estamos enterados; ahora, es preciso tomar nuestras providencias. Morelos, con la gente que tiene, sólo podría quitarnos la plaza estando dormidos nosotros. Pero lo conozco; es capaz de intentarlo. Así es que vamos á pasar la noche en vela. Yo voy á llevarme todo el "Fijo" y los "Lanceros" al fortín, para presentar batalla, si es posible. Usted, señor Don Joaquín, cuide de los puntos de la plaza. Usted, señor Cura, deje el catalán y ayúdenos en lo que pueda.

—Yo, señor Coronel, dijo el Cura con altanería, con catalán y sin catalán, soy un

Ministro del Altísimo, y mi puesto está junto á los altares; allí velaré por mi grey.

—Venga usted, Garrote, dijo Cosío, cinéndose su sable.

—Con este hereje, dijo el Cura á Guevara, cuando el Coronel hubo salido, temo que nos suceda una desgracia. Por sí ó por no, despache usted á su familia á Chilapa, hoy, en el silencio de la noche. Ponga usted en salvo su vajilla y todo lo que tenga de valor, porque nadie sabe lo que puede pasar con esos judíos. Yo voy á ver si puedo conciliar el sueño, aunque lo creo difícil, y al alba mandaré llamar á misa; desde entonces se tocará rogación y mis Vicarios y yo imploraremos el auxilio divino en favor de las armas del Rey.

Guevara se quedó pensativo un momento, y luego, siguiendo los consejos del Cura, fue á despachar á su familia, á poner en salvo sus tesoros.

Al rayar la aurora, Cosío había formado su batalla en una colina chata y pedregosa cercana al fortín que llamaban del Calvario porque estaba del lado de esa capilla, y frente á otra que se llama "Piedras altas." Sabía, por sus exploradores, que Morelos había salido de Chilpancingo á la una de la mañana, y que no tardaría en presentarse en el camino, justamente frente á la posición escogida.

El "Fijo de México," apoyando en el fuerte su extrema izquierda, estaba listo para entrar en acción. Los "Lanceros de Veracruz," situados á retaguardia del Fijo, y las cuatro piezas de grueso calibre puestas en batería en el fortín, cargadas á metralla, y con sus artilleros, mecha en mano. El plan de Cosío consistía en dejar acercarse á la columna insurgente sin hostilizarla, y teniéndola á tiro de fusil, cargar sobre ella, apoyándose en todo caso, en el fuerte. Así en un combate rápido y terrible iba á decidir ese primer encuentro, quedándole, sin embargo, en caso de un desastre, el poderosísimo apoyo de la plaza de la ciudad, en cuyas fortificaciones se habían colocado otras cuatro piezas, distribuidas en dos bocacalles en el cementerio de la Parroquia, defendiéndolo todo las Compañías de mili-

cianos y los vecinos armados, al mando de Guevara.

La bandera española flameaba orgullosa en el fortín, en la plaza, y en la única torre de la Parroquia. Los tambores y los pifanos acababan de tocar diana y aún resonaban los gritos de "¡Viva el Rey!" que repetían los ecos de las montañas vecinas, cuando al dorar el sol los encinares de la cumbre, por la que serpentea el camino de Chilpancingo, apareció la descubierta de caballería de los insurgentes, bajando poco á poco. Luego comenzó á desfilar también la infantería, el Regimiento de Guadalupe, desplegada al aire la bandera blanca y azul. Después venían tres pequeñas piezas cargadas en mulas, el parque, y á retaguardia la caballería de los Bravos, compuesta de magníficos jinetes de brillantes mangas rojas y azules con fleco de oro y plata. Esa caballería llevaba como enseña un estandarte rojo.

Cosío y Garrote examinaban atentos este desfile pausado y majestuoso.

De repente resonó un ¡viva! en las filas insurgentes, y en una colina más cercana al fuerte, apareció un gran grupo de jinetes, llevando en el centro una bandera negra. ¡Ahí estaba Morelos!

III.

En efecto, era el caudillo que había venido á examinar hasta allí las posiciones enemigas.

Después de que las hubo estudiado con detenimiento, fijando alternativamente su anteojo en el fortín y en la parte de la población que se veía, sus ayudantes fueron á comunicar las órdenes.

La columna descendió á la llanura pedregosa de las Piedras Altas y allí hizo alto. Morelos no tardó en reunirse á ella.

El Capitán Don Vicente Guerrero y Don Leonardo Bravo venían con él. Como prácticos en el terreno, Morelos los había llamado para informarse acerca de los lugares.

Don Hermenegildo Galeana, llamado en seguida, vino á recibir órdenes.

—Señor Galeana—le dijo Morelos—dentro de una hora ese fortín debe estar en nuestro poder. No podemos emplear mucho tiempo, porque inmediatamente después tenemos que tomar la plaza, que á lo que parece está bien fortificada. El Regimiento de Guadalupe, menos la compañía de mi escolta, bastará para eso. Y ya sabe usted, hay que economizar el parque, tanto, que es preciso no disparar, sino á quema-ropa. No haremos uso de nuestras piezas, y pueden quedarse cargadas. En cuanto á los "colorados" y á los "verdes,"—añadió señalando la línea de batalla de Cosío,—corren de mi cuenta.

Galeana partió á galope, y fué á dividir su Regimiento en cuatro columnas de asalto, cuyo mando encomendó á sus hermanos Don Juan José, Don José Antonio, y á su sobrino Don Pablo, quedándose él con la primera, que llevaba la bandera blanca y azul, la bandera de la Independencia.

Luego Don Leonardo y Don Miguel Bravo fueron á unirse á la caballería de Don Víctor, que se había colocado á cierta distancia, haciendo frente á los "Lanceros de Veracruz" y á la guerrilla de cuerudos de Don Juan Chiquito, que parecía muy belicosa. La caballería insurgente se dividió en dos trozos. Don Víctor y Don Miguel Bravo se pusieron á la cabeza del uno, con el objeto de atacar á la caballería realista; Don Leonardo y Don Nicolás, su hijo, al frente del otro, vinieron al lado de Morelos, quien formó su batalla con él y con su escolta, para atacar de frente á la infantería de los colorados y de los milicianos, á cuya cabeza estaban Cosío y Garrote.

En esto y á punto de comenzar el combate, Morelos vió algo raro en las filas enemigas, y llamó á Guerrero, que se disponía á incorporarse á su Regimiento de Guadalupe.

—¿Qué es eso?—le preguntó, señalando á un hombrazo vestido de verde, y que blandía una lanza enorme.

—Señor—respondió Guerrero—ese debe ser "Martín de Acalco," el gigante, el que ha andado enseñándose en las plazas de toros

con ese uniforme de granadero. ¡Lo traerán para espantarnos!....

Morelos se rió de buena gana.

—¡Qué ocurrencia!—dijo.—Estas gentes son muy cándidas y nos tratan como á chiquillos.... ¡Hola, colegial!—exclamó, llamando al joven Capitán Don Luis Pinzón; y cuando éste llegó, caracoleando en un magnífico caballo que acababa de regalarle Don Nicolás Bravo,—usted ha estudiado Teología y ha leído la Sagrada Escritura, ¿no es así?

—Sí, señor,—contestó Pinzón.

—¿Se acuerda usted de la famosa batalla del valle de Terebinto?

—Sí, señor, aquella en que David mató al gigante Goliat de una pedrada. Eso está en el primer libro de los Reyes.

—Bueno: pues aquí va á haber algo parecido. ¿Ve usted ahí al frente de la línea enemiga aquel figurón vestido de verde, con un enorme gorro y una lanza?... También es un gigante que se llama Martín.... ¿de qué?

—De Acalco—repetió Guerrero.

—Martín de Acalco—continuó Morelos.—Ahora bien: usted va á ser el David de ese Goliat; pero no un David que lo mate, sino que me lo entregue bueno y sano. Es un pobre hombre, y además un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y es preciso conservarlo. Así es que usted, que tiene ingenio y travesura, verá cómo hace para cogerlo vivo y sano, ¿estamos?

Todos sonrieron. Pinzón parecía consternado.

—¡Cogerlo vivo!—exclamó.—Pero señor, eso es más de lo que hizo el Rey David.

—No hay excusa: usted me responde del gigante Goliat, chiquitín, ¡cuidado con matarlo!

Luego Morelos llamó al valiente P. Talavera, que en su calidad de Teniente Coronel venía muy bien montado y equipado militarmente.

—Amigo Talavera,—le dijo—antes de derramar sangre, es necesario dejar á salvo nuestra responsabilidad. Para mí es un caso de conciencia, y me pronengo siempre antes de atacar una plaza, intimarle rendi-

ción. Así es que, más bien por cumplir con este deber de humanidad que por llenar las fórmulas de la cortesía militar, va usted á tomar una bandera blanca y un tambor, y á dirigirse á ese fortín. Allí, en mi nombre, intimará usted al jefe que comande, la rendición del fuerte y de la plaza en el término de dos horas, y sin condiciones. Si acepta, puede usted ofrecer la garantía de la vida para todos; en caso contrario, éi será responsable de las consecuencias.

Talavera partió con su bandera blanca y su tambor, y como no mediaba gran distancia entre la meseta de las Piedras Altas, en que se hallaba formado el pequeño ejército insurgente, y la empinada cumbre del fortín, pronto llegó al pie de esta última, y allí tocó parlamento.

Cosío no quiso que se introdujera al parlamentario á la línea realista, sino que salió á caballo, acompañado del Comandante Garrote, bajó rápidamente la quebrada cuesta de la colina y se acercó á Talavera.

Luego que hubo escuchado la intimación, contestó, irguiéndose, con una expresión marcada de altanería y desprecio:

—Puede usted contestar al jefe que lo envía, que los soldados fieles del Rey, como yo, no quieren pláticas con los rebeldes, y que es ridículo hacer intimaciones con una chusma como la que está ahí, á una plaza que tiene fuerza regular y tres veces mayor. Esa es mi respuesta; y no vuelva usted á presentarse con bandera de parlamento, porque no será respetada.

Cosío y Garrote se volvieron al fuerte, sin saludar siquiera al parlamentario, que regresó iracundo á incorporarse á Morelos, á quien comunicó la desdeñosa respuesta de Cosío.

—¡Ah! ¿con que es ridículo intimarles rendición con esta chusma?—dijo Morelos sonriendo.—Pues todo ese ridículo se les va á venir encima cuando les hayamos tomado la plaza que tiene una fuerza regular y tres veces mayor. Me gusta la fanfarroñada en el enemigo, porque es como salsa que hace más apetitoso el triunfo. Vamos, amigo Talavera, deje usted la bandera blan-

ca, y empuñe la lanza, que ya es tiempo, y ¡que Dios nos proteja!

Entonces, dadas las últimas órdenes, Morelos, que estaba á pie, montó en su caballo de batalla, un hermoso caballo negro de la hacienda de los Bravos, y que el caudillo refrenaba con destreza. Morelos, aunque grueso, era un gran jinete, y en aquel brioso corcel, y envuelto en su poncho blanco atado al cuello con una cadenilla de oro, parecía verdaderamente majestuoso y terrible. Sus soldados fijaban en él los ojos con idolatría. Don Leonardo y Don Nicolás Bravo, el bizarro Talavera, un grupo de valientes lo rodeaba.

Entonces hizo una seña y los tambores tocaron el paso de ataque; la bandera negra, la bandera terrible, se desplegó á su lado; los Galeanas se pusieron en movimiento á la cabeza de sus columnas y en dirección al fortín, en silencio y á paso veloz.

Como viese Don Leonardo Bravo que Morelos se disponía á combatir en persona, se acercó á él con solicitud y le dijo:

—Señor, usted no debe exponerse así, como un soldado. Para eso estamos aquí nosotros. Usted debe disponer y nosotros ejecutar. Ruego á usted, en nombre de todos, que no se exponga.

—Amigo Bravo, respondió con firmeza Morelos. Hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojó y en que la orden del General debe ser el ejemplo. Este es uno de ellos. El enemigo tiene su fortín, su plaza, su artillería y mil seiscientos hombres. Nosotros no somos más que seiscientos, y sin artillería. Sólo el arrojó puede triplicar nuestras fuerzas y hacernos superiores. Lo que vamos á hacer es casi un milagro, pero de él depende nuestra suerte futura. Es preciso, pues, que demos el ejemplo, y al vernos, todos serán mejores.

Diciendo esto, desenvainó el sable, y gritando:

—“¡Ahora nosotros!”, se lanzó á galope al frente de su columna sobre la línea de batalla realista.

Aquello fué obra de un momento, pero de un momento terrible. Los Bravos y sus valientes chilpancingueños, que combatían por

la segunda vez, queriendo rivalizar de nuevo en arrojó con los Galeanas, y en esta acción más empeñada que la de Chichihualco, se lanzaron como leones y siguiendo el ejemplo de Morelos, sobre la infantería de los “Colorados” y de los milicianos, que fue deshecha en algunos minutos, rindiéndose prisioneros los que no murieron, ó refugiándose en el fuerte con Cosío, que se batió desesperadamente, pero que, como los demás, puso su salvación en la fuga. Los “Lanceros de Veracruz” y los guerrilleros de Don Juan Chiquito, fueron más obstinados y resistieron más largo tiempo; pero los cien jinetes de Don Víctor y Don Miguel Bravo, semejantes á los paladines de la Edad-Media, se avanzaron hacia ellos sin disparar un tiro, se mezclaron entre sus filas y los acuchillaron sin piedad. En aquella confusa mezcla de caballeros, en que no se oía más que el sordo rugido de los combatientes y el chasquido de los sables, fácil hubiera sido que los partidarios se hubiesen matado entre sí, pero Morelos había hecho que todos los suyos pusiesen en sus sombreros, á guisa de escarapela, una rama de encina. Además, los soldados realistas tenían uniforme, y los guerrilleros su vestido de piel amarilla. Así es, que los insurgentes no tenían uniforme, no equivocaban á sus enemigos, ni erraban golpe, derribando á su paso cuanto se les oponía. Por fin, los pocos lanceros y guerrilleros de Chilapa que escaparon de la matanza, se alejaron á todo correr, y como pudieron, del campo de acción, y por una hondonada que se halla á la derecha del fortín, en cuyo fondo corre el arroyo de Cuauhtlapa, se dirigieron unos á la plaza, y otros á la llanura del Norte de Tixtla y camino de Chilapa.

Entonces la pequeña columna de Morelos y la de Don Víctor y Don Miguel Bravo, se dirigieron al costado derecho del fortín, para apoyar el ataque del Regimiento de Guadalupe, que en estos momentos parecía en todo su furor. El fortín, mandado por Garrote y defendido por trescientos hombres y cuatro piezas de grueso calibre, se veía cubierto por una densa y oscura

nube de humo, sobre la cual se veía flotar la bandera española. De los parapetos de piedra y adobe del fuerte, caía una lluvia de metrallas y de balas sobre las columnas de los Galeanas, que trepaban por la cuesta silenciosas y terribles diezmadadas á cada paso, pero sin retroceder un palmo, conducidas por aquellos guerreros de la costa, que, como si hubieran sido invulnerables, seguían adelante, siempre adelante, á pie, con el sable desnudo y el brazo extendido hacia la fortaleza.

Morelos, al ver esto desde el punto en que marchaba su columna, exclamó lleno de admiración, hablando con Don Leonardo Bravo:

—¡Qué hombres, Don Leonardo! ¡qué hombres!

—Pero van á acabar todos si no llegamos á tiempo,—respondió Bravo.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando pareció envolver el fortín un cinturón de fuego, y al estallido de una descarga general, sucedió un silencio de muerte.

Don Leonardo pareció angustiado. Morelos hizo alto lleno de confianza, y con el rostro radiante, dijo:

—¡El fortín está tomado!

En efecto, un momento después, la bandera española, que había flameado sobre el fortín, descendía rápidamente, y en su lugar se enarbolaba la bandera blanca y azul, la bandera del Regimiento de Guadalupe.

Al verla, la columna de Morelos prorrumpió regocijada y llena de entusiasmo, en un grito unánime:

—¡Viva la Independencia! ¡Viva Morelos! ¡Viva Galeana!

Morelos y sus soldados llegaron unos instantes después al fortín, y Don Hermenegildo Galeana, cubierto de sangre y de pólvora, salió de los parapetos, y se adelantó resolutely á recibir al caudillo, llevando en las manos la bandera española.

—Señor,—le dijo, descubriéndose,—aquí tiene usted la bandera del enemigo; ahí adentro tiene usted trescientos prisioneros. Cosío y Garrote corrieron

—Muy bien, señor Galeana,—contestó Mo-

relos,—guarde usted la bandera; es un trofeo del Regimiento de Guadalupe. Ahí tenemos otras en la plaza,—añadió, señalando las que se veían perfectamente sobre la torre de la Parroquia y en la plaza de Tixtla.

Luego Morelos fué á examinar á los prisioneros, que desarmados y temblando se amontonaban en el glácis del fuerte, lleno de cadáveres, y rodeados por los soldados vencedores. Estos vitorearon calurosamente á su General, que los felicitó por aquella hazaña verdaderamente extraordinaria.

Pero llamando aparte á Galeana, le dijo, con cierta inquietud:

—Tantos prisioneros van á ser un estorbo para nosotros; tenemos que tomar la plaza, y si dejamos aquí una custodia conveniente, no nos quedan soldados para el asalto. ¿Qué haremos? Matarlos..... ¡no puede ser!

Galeana reflexionó un momento:

—No nos queda más que un recurso,—dijo,—los haremos entrar en ese galerón, después de sacar las municiones que están ahí, y les abocaremos una pieza, encargando al oficial, que al menor movimiento de ellos, haga fuego. Esto nada más mientras dura el asalto.

—Bien pensado,—dijo Morelos,—y sobre todo, no queda otro medio. Póngalo usted luego en práctica.

Mientras que Galeana iba á ejecutar esta orden, se oyó una gritería fuera de los parapetos. Era una mezcla de risotadas y de vivas en la columna de los Bravos, que había quedado al pie del fortín.

Causábala el joven Don Luis Pinzón, que conducía al gigante Martín de Alcalco, bien manlatado y custodiado por cuatro costeñitos del Regimiento de Guadalupe.

El hombrazo todavía con su uniforme verde, su gran gorro de granadero, y atadas las manos á la espalda, parecía tan mohino y confuso, que daba pena verlo.

Morelos lo miró con curiosidad y con lástima.

—Señor,—le dijo Pinzón,—aquí está Goñat bueno y sano.

—¡Bravo colegial!—le contestó el caudi-

llo,—no creía yo que pudiera usted cumplir tan bien mi orden.

—Me ha costado mucho trabajo, señor,—replicó Pinzón con cierto acento de queja.—Además, me he privado de hacer cosas mejores por tal de coger vivo este elefante.

—¿Y cómo?....—preguntó sonriendo Morelos.

—¡Ah!.... hemos trabajado mucho.... Como que estaba terrible, como todos los animales mansos cuando se enfurecen. Ya "mero lo matábamos," porque también él nos acometía con su lanza. Pero vió correr á sus jefes, y echó á correr también él. Entonces pude manganearlo de un pie, y cayó al suelo. Fué cuando estos muchachos lo amarraron antes de que pudiera levantarse. Pero, señor, pude haber estrenado mi caballo en otra cosa.

—Vamos,—dijo Morelos, fingiendo enfado,—no se queje usted; ¿qué cosa mejor pudo usted haber hecho? Ha cogido prisionero al hombre más grande del ejército realista.—Y luego, dirigiéndose á Martín Salmerón, le dijo:

—Le perdono á usted la vida, porque es usted un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y porque sé que es usted un hombre pacífico, á quien han obligado los gachupines á pelear contra nosotros. Quedará usted libre luego que hayamos tomado la plaza; pero le prevengo, que si vuelvo á encontrarlo en las filas enemigas, no he de ser tan benigno.

El gigante, después de haber dado las gracias con una gran reverencia, fué puesto con los demás prisioneros en el galerón del fuerte.

Después, Morelos llamó á Guerrero, que estaba también cubierto de sangre, pues fué de los asaltantes del fortín, y llevándolo á un lugar desde donde se descubría perfectamente el panorama entero del valle y de la población de Tixtla, pues la colina del fortín es la altura más dominante y próxima al caserío, comenzó á preguntarle acerca de los puntos que importaba conocer.

Abajo del fortín había otra colina que no estaba dividida de la primera, sino por una calle estrecha y profunda. Allí había

una pequeña capilla. Era el Calvario, hasta donde subían las procesiones en la Semana Santa, por una pendiente muy inclinada, que descendía á la plaza y que cortaba por enmedio el barrio Alto. Las casas de este barrio, así como todas las de la población, se veían tan bien, que podían distinguirse á la simple vista hasta las personas. El atrio de la Parroquia, convertido en fuerte, estaba lleno de soldados, y había allí dos piezas de á ocho. Las boca-calles laterales tenían otras dos. Las calles del Empedrado, la Real y la de la Estación, que corren de Norte á Sur de la población, estaban desiertas y por los callejones que comunicaban con ellas, sólo se veían pasar rápidamente y de cuando en cuando, algunos soldados.

Abajo y á la derecha del fortín estaba el hermoso bosque de ahueluetes de la Alberca; un poco más allá, el bosque, también de ahueluetes, del Santuario. Al Oriente, más allá del caserío, y á orillas de un hermoso lago azul que confina con dos cerros elevados y cubiertos de vegetación, se veía una zona verde hermosísima, dividida simétricamente, y presentando el aspecto de una alcatifa luciente y aterciopelada.

—¿Qué sembrados son esos?—preguntó Morelos á Guerrero.

—Son las huertas, señor, así las llamamos en Tixtla. Son huertas de sandías y de melones, muy sabrosos que se siembran en el terreno húmedo que deja la laguna cuando se seca en este tiempo; y sólo en este mes existen, porque después viene el tiempo de aguas, y la laguna cubre todo ese terreno.

—Ahora comeremos esos melones,—dijo Morelos.—Y aquellos cerros, ¿cómo se llaman?

—El pequeñito, que está al Norte á orillas de la laguna, se llama Texcaltzin; el cerro grande que se ve detrás de la Parroquia y arriba del lago, se llama Tapaxtla; la barranca roja que lo divide del otro, se llama Xompito, y este otro cerro que está al Sur, Hueyantipan. Abajo, queda el camino para Mochitlán, un pueblo muy fértil que está á cuatro leguas, y más acá, junto

al Santuario, está el camino que va á Aca-pulco.

Luego, volviéndose hacia el Noroeste, Guerrero señaló los cerros por donde se distingue el camino de Chilapa, arriba de una bella y dilatada llanura; al Norte el camino de Atliaca, que se dirige al río de Mescala, por la cañada de Totoltzintla, y al Nordeste el gran cerro de Coyopula, á un lado del cual había descendido el ejército insurgente.

—¡Qué hermosa es la tierra de usted, Guerrero,—dijo Morelos,—por donde quiera sembrados, arroyos, colinas verdes y montañas magníficas! ¡Lástima que la población sea tan "chaqueta!"

—Sí, señor, es lástima de veras,—contestó Guerrero,—pero si logramos convertirla, sacaremos de ella buenos soldados.

—Vamos á verlo,—concluyó Morelos cerrando su anteojo y llamando á los Galeanas y á los Bravos.

—Son las nueve de la mañana,—dijo, mirando su reloj.—A las doce es preciso que la plaza esté en nuestro poder. Señor Galeana, usted con el Regimiento de Guadalupe penetrará por esas calles,—dijo, señalando las que se llaman del Empedrado y Real. El Capitán Guerrero, con una Compañía, tomará por aquella que se llama de la Estación, y atacará la retaguardia de la Parroquia. Los señores Don Miguel y Don Víctor Bravo atacarán por la parte Norte, y Don Leonardo y yo tomaremos por nuestra cuenta la plaza, y bajaremos por el costado izquierdo de esta colina. Pero para preparar nuestro ataque, empezaremos por cañonear la plaza, y ya que tenemos piezas de batir, las aprovecharemos.

Los jefes fueron á disponer sus columnas, y un momento después, un cañoneo vigoroso y acertado, infundía el terror en la plaza y en la población, desmontaba las dos piezas del frente del atrio, derribaba una parte de la torre, y anunciaba, en fin, el asalto, que no tardó en seguirse.

Este no duró más que el tiempo necesario para que bajasen las columnas la quebrada y áspera cuesta del Calvario. El Regimiento de Guadalupe, muy disminuido

ciertamente, pero fuerte todavía en más de trescientos hombres, y guiado siempre por los Galeanas y por Guerrero, avanzó por los puntos señalados, y horadando casas ó marchando á pecho descubierto, se acercó á las últimas fortificaciones de la plaza, en donde los milicianos y los vecinos armados hicieron una resistencia desesperada. Don Miguel y Don Víctor Bravo tomaron también toda la parte fortificada del Norte; Guerrero penetró hasta el pie de los parapetos levantados á espalda de la Parroquia, y cuando se oyeron las descargas de la columna que guiaba Morelos en persona en la plaza, Galeana ordenó el asalto al atrio de la Parroquia, que fué tomado inmediatamente. Las tropas de la plaza, que aún se hacían fuertes en varias casas de la plaza, aspilleradas y claraboyadas, no tuvieron otro recurso que tocar parlamento y rendirse á Morelos.

Cosío, Garrote y Guevara, se habían escapado durante la refriega y corrían ya rumbo al Oriente de la población, sin que los insurgentes pudieran evitarlo, ocupados, como estaban, en el asalto.

Muchos de los defensores del atrio se refugiaron en la iglesia, que estaba llena de familias, y cuyas puertas se hicieron abrir con terribles clamores. El Cura Mayol y sus Vicarios, trémulos de espanto y revestidos con los ornamentos sagrados, se hallaban en el Presbiterio arrodillados, rezando en voz alta y teniendo al Santísimo expuesto en el altar mayor. Allí, al pie del ara se agrupaban con la mayor angustia, durante el asalto, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, presentando el espectáculo de la mayor desolación.

Aún resonaban algunos tiros en el atrio, cuando las puertas de la sacristía, que daban al Presbiterio, se abrieron, y el Capitán Don Vicente Guerrero, descubierto y con el sable metido en la vaina, se presentó é hizo ademán de hablar.

El Cura se precipitó á su encuentro.

—Señor Don Vicente, Vicentito, hijo mío: tengan ustedes misericordia de nosotros; aquí no hay más que mujeres.

—Señor Cura, dijo Guerrero, la plaza es

nuestra; pero no tengan ustedes cuidado alguno, porque sabemos respetar á la gente pacífica. Tranquilice usted á estas infelices gentes y que se retiren á sus casas. Pero en cuanto á los soldados que se han refugiado aquí, son mis prisioneros y deben rendirse al General.

Las mujeres no se tranquilizaron y al contrario, redoblaron sus ruegos y clamores. El Cura subió al altar, tomó la custodia, y temblando como un azogado dijo á Guerrero:

—Vicentito, amigo mío, por lo más sagrado que tenga usted, acompáñeme á ver á S. E. el señor Morelos para aplacarlo.

—Pero, señor Cura, dijo Guerrero, no hay necesidad de aplacarlo; lo que va usted á hacer es inútil. Ya he dicho que las familias pueden retirarse en paz. Los soldados, que vengan conmigo.

Entonces los soldados de Guerrero penetraron en la iglesia y se apoderaron de los realistas, que entregaron luego sus armas.

Pero el Cura, llevando el Santísimo y seguido de sus Vicarios y de una gran multitud, salió de la iglesia, atravesó el atrio, sembrado de heridos, y fué á la plaza, en donde Morelos aseguraba á los prisioneros que se le habían rendido.

Al ver el caudillo todo aquel aparato, se indignó, y descubriéndose, pero sin bajarse del caballo, vino al encuentro del Cura.

—Excelentísimo señor, dijo éste. En nombre de este Divinísimo Señor, ruego á V. E. que tenga misericordia de tantas familias.

—Señor Cura, contestó Morelos, ¿á qué viene todo este aparato que desdora á la religión? Nadie ofende á las familias, ni nosotros somos las fieras que usted pinta. Vaya usted á depositar el Santísimo y á tranquilizar á esa pobre gente, que sólo usted ha podido espantar.

El Cura se retiró haciendo reverencias con todo y la custodia, y más sereno, entró en la iglesia; pero no depositó el Santísimo, sino que volvió á colocarlo en el altar y él permaneció arrodillado, llorando y con las manos enclavijadas.

Después, Galeana le presentó á Morelos trescientos indios de Tixtla que habían si-

do hechos prisioneros en la Parroquia y en otros puntos.

—Guerrero, dijo Morelos. usted que habla el mexicano, diga á estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, los recibiré con gusto.

Guerrero arengó á sus compatriotas, y les dirigió palabras tan expresivas, que todos ellos pidieron seguir con los insurgentes.

Este hecho fué como un arco-iris en el alma del héroe, poco há agitada por la cólera. Dirigióse contento á la casa del subdelegado, viendo arriar las banderas españolas de la torre y de la casa, y preguntó sonriendo por Cosío y Guevara.

—Allá van, señor, dijo Don Nicolás Bravo, señalando un camino que se dibujaba como una culebra roja en la empinada cuesta del cerro de Tapaxtla. Allá van para Chilapa.

—No quiso su suegro de usted, añadió Morelos, chanceando, deberle á usted la vida.

En la casa del subdelegado, esperaba á Morelos otro momento de disgusto.

El Cura Mayol estaba allí, todavía revestido con su capa pluvial, y con el bonete en la mano, acompañado de los acólitos con cruz y ciriales.

—¿Viene usted ahora á exorcismarme, señor Cura? le dijo Morelos bastante serio. ¿Por qué anda usted todavía con esas ropas sagradas?

—Vengo, Excelentísimo, señor, á decir á V. E. que todo está listo para el "Te Deum."

—Y, ¿quién ha dicho á usted que yo quiero "Te Deum?" ¿Cree usted que Dios recibirá esas acciones de gracias que usted le dirigiera por nuestro triunfo, cuando sólo siente usted odio contra nosotros? ¿Acaso presume usted que ignoro lo que usted ha predicado y hecho? Retírese usted, y no escandalice más á sus feligreses. Yo no quiero más "Te Deum" que la gratitud de los pueblos á quienes vengo libertando del yugo español. ¡Váyase usted!

—Pero, señor, ¿me perdona V. E.?

—¿Yo? dijo Morelos fastidiado. Yo no tengo nada que perdonarle. Yo no hago ningún caso de usted.

Luego que el Cura desapareció, Morelos, dirigiéndose á los Galeanas, á los Bravos y á los otros jefes, les dijo.

—Ahora, á atender á nuestros heridos, y á comer; hemos llegado á la hora. Son las doce. Después, á descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos á Zacatula á los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de buen agiero. Las banderas españolas se bajan á nuestro paso; los Generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía á entregarse á sus tareas ordinarias.

Tal fué la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las Gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron á decir de los sucesos de esa campaña del Sur después de Abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, á donde vinieron á explicar el cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena de hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; Don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración, con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares á quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud, en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



LA BATALLA EN EL PUENTE DE CALDERON.

I.

El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlanejo á Tepatitlán, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar, sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la Independencia, les volvió al fin las espaldas dando al ejército español el triunfo más importante que alcanzara en la lucha de la Independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los más grandes sucesos de mi patria, había sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barra y Zacoalco, en que había muerto la florida juventud de la ciudad: la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del Obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando; la concentración del ejército independiente y los preparativos de la batalla: la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motín interior: la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugi-